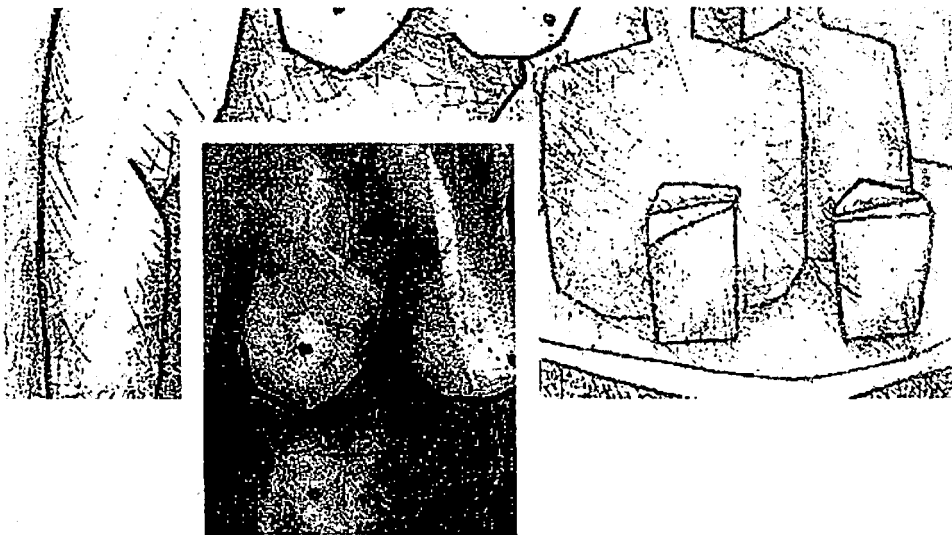
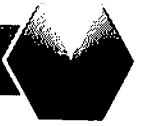




J. SAGRISTÁN





## El laberinto de la soledad: expediente abierto

José Luis Cardona E.



En el año 2000, *El laberinto de la soledad* cumplirá su primer medio siglo de editado y quizá volverá a ser motivo de discusión, análisis y referencia, como lo ha sido cíclicamente desde que se le tomó en cuenta –aunque fue el libro menos atendido de la obra paciana en los días posteriores al fallecimiento del escritor–, lo que no sucedió de inmediato si nos guiamos por el hecho de que su segunda edición, corregida, aumentada y definitiva, data de 1959. Octavio Paz se refirió brumosamente a los cambios que introdujo en ese lapso de nueve años y tal vez por eso no hayan tenido mayor importancia. Así le respondió a Claude Fell en la entrevista que apareció publicada en el número 50 de *Plural* (noviembre de 1975):

Yo no creo que haya ninguna diferencia esencial entre las dos ediciones. Las correcciones más importantes tienden a poner el libro al día. Además, hay correcciones secundarias, una tentativa por darle mayor precisión, mayor concisión. Hay cosas un poco *naïves* de la primera edición que traté de corregir. Pero fundamentalmente es el mismo libro.<sup>1</sup>

Los cambios al texto relacionados con los ocurridos en el país y el mundo en los nueve años que mediaron entre la primera y la segunda ediciones son menos importantes, a la distancia, que la explicación de Paz en el ensayo “Cómo y por qué escribí ‘El laberinto de la soledad’”<sup>2</sup> (*sic*), porque, además de los 42 años transcurridos desde la primera edición, hay revelaciones muy interesantes de tipo completamente personal: el rechazo de los compañeros de escuela al niño de seis años que debe ir a Los Ángeles para acompañar en el exilio a su padre, quien paga así su zapatismo, y recibe burlas por decir “cuchara” en lugar de *spoon*; la continuación del asedio cuando, al regresar a Mixcoac, ahora son sus compañeros mexicanos los que lo violentan por considerarlo extranjero, y la broma del revolucionario Antonio Díaz Soto y Gama, que, al conocer al pequeño, exclama

jocoso al padre su sorpresa porque éste tuviera “un hijo visigodo”.<sup>3</sup> Con sus compañeros, su carácter ya estaba de manifiesto, pues a golpes respondió allá y aquí. Así recordó Paz sus sentimientos:

La experiencia de Los Ángeles y la de México me apesadumbraron durante muchos años. A veces pensaba que era culpable –con frecuencia somos cómplices de nuestros persecutores– y me decía: sí, yo no soy ni de aquí ni de allá. Entonces, ¿de dónde soy? Yo me sentía mexicano –el apellido Paz aparece en el país desde el siglo XVI, al otro día de la Conquista– pero *ellos* no me dejaban serlo.<sup>4</sup>

En esos lejanos recuerdos de infancia situó Paz el origen de su libro. Suspicacia y desconfianza padeció durante casi toda su vida como intriga y aguijón (¿resentimiento?), y lo llevaron a buscar en la historia la aclaración del enigma del conflicto interior de los mexicanos, revelado en aquellas formas. Es decir, a la distancia y con la reflexión de la vejez respecto a momentos dolorosos de mucho tiempo atrás, el ensayista nos da una pista no registrada antes de 1992, al menos no con esa claridad. Haber sido sujeto y objeto –más lo segundo que lo primero– de esas actitudes lo pone en la fragua del ensayo mexicano que es quizás el más importante y leído del siglo. La otra fuerza motriz estuvo en la lucubración sobre la soledad, que también tuvo un referente memorioso a su niñez.

José Luis Cardona E. Periodista. Egresado de la Licenciatura en Sociología (UAEM). Ha publicado en diversos medios informativos.

Este hallazgo tiene un matiz para quienes nos interesamos en *El laberinto...* desde que hicimos su lectura de manera obligada para algún trabajo escolar y hemos vuelto recurrentemente al libro, con el fin de indagar su vigencia y hacerle preguntas sobre nuestros tormentosos días. Es un ejemplo significativo de temas inagotables y huidizos; se presta además a una relectura fresca en cada nueva ocasión, empero, es aleccionador compartir algo de la intimidad de las motivaciones de su autor, pues, sin duda alguna, éstas permiten entender afirmaciones contundentes del texto, con las cuales su autor buscó responder a interrogantes íntimas o, cuando menos, muy personales. De una esfera tan estrecha, pero no menos difusa y abismal como es la del corazón, a la audaz reflexión histórica sobre un pueblo.

Peregrino en su patria, como se autodefinió siguiendo a Lope de Vega y tituló al primer tomo de *México en la obra de Octavio Paz*, el escritor tuvo, entre 1943 y 1945, una estancia muy enriquecedora en Estados Unidos –San Francisco, Nueva York, Vermont y Washington– y lo fue tal vez más el tiempo parisino, en el sentido de que en la capital francesa escribió esta parte central de su obra ensayística, en 1949. Seis años habían transcurrido desde que se ausentó de México, que no de sus asuntos. El intento antecedente de responder a la pregunta sobre sí mismo y el destino mexicano está en 1942, en unos artículos periodísticos que terminaron por no satisfacerle.<sup>5</sup>

De esta manera, el ensayo ofrece atractivos ineludibles al lector de fin de siglo, como son las inquietudes respecto a su vigencia, la validez de sus tesis, las características de su escritura, las diferencias y semejanzas que puede tener con obras de pensadores, filósofos, sociólogos y antropólogos concentrados en *el mexicano*, en fin, el lugar que ocupa en el *corpus* de la obra paciana y el valor fundador que concedió a la crítica como actividad liberadora. A éstas, hay que agregar, en una lista no exhaustiva, las cuestiones derivadas del incentivo de las intimidades reveladas: los sentimientos que el autor albergaba al escribirlo y el proceso mismo de creación del texto (la cita es larga, pero esclarecedora):

Era el verano de 1949, la ciudad se había quedado desierta y mi trabajo en la embajada mexicana, en donde yo tenía un empleo modesto, había dismi-

nuido. La distancia me ayudaba: vivía en un mundo alejado de México e inmune a sus fantasmas. Tenía para mí las tardes de los viernes y, enteros, los sábados y domingos. Y las noches. Escribía con prisa y fluidez, con ansia de acabar pronto y como si en la última página me esperase una revelación. Jugaba una carrera contra mí mismo. ¿A qué o a quién iba a encontrar al final? Conocía la pregunta, no la respuesta. Escribir se volvió una ceremonia contradictoria, hecha de entusiasmo y de rabia, simpatía y angustia. Al escribir me vengaba de México; un instante después, mi escritura se volvía contra mí y México se vengaba de mí. Nudo inextricable, hecho de pasión y de lucidez: *odio et amo*.<sup>6</sup>

De igual modo, hay que reparar en que la segunda edición apareció estando Paz en México. En 1952 viajó a Japón y a la India; a fines de 1953, regresa al país y, en 1962, parte otra vez a la India, para ser embajador. Regresa en 1971, después de otras estancias en Europa y Estados Unidos. Es muy conocida su renuncia como protesta por la masacre de Tlatelolco, pero menos la soberbia pregunta de Díaz Ordaz sobre el renunciante: “y ése, ¿quién es?” Ahora, cada uno está en su lugar. Uno en el espacio del oprobio, el autoritarismo y la intolerancia, pese a una notoria obra pública. El otro, en el de quien, como pocos, nos ha ayudado a los mexicanos a explicarnos y entendernos. Cada uno con sus virtudes y defectos, pero separados por una enorme distancia.

Una pista sencilla para descubrir que la primera versión de *El laberinto...* fue escrita en París está en algunas de las pocas notas a pie de página; son las referencias a obras en francés muy difíciles de conseguir en México en aquellos años, como *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, de Jacques Soustell; *Historie des religions*, de Miercea Eliade, y *Le mentalité primitive*, de Lucian Lévy-Bruhl. Con el Atlántico de por medio entre él y México, el poeta tuvo la distancia y la pasión para desenvolver el juego dialéctico de las parejas de nociones opuestas que lo deslumbraban: lo cerrado y lo abierto, la soledad y la comunión.



## Vigencia y anunciación; promesa cumplida y cambio social

Acéptese reunir en un conjunto cuatro capítulos de *El laberinto...* “Máscaras mexicanas”, “Todos santos, día de muertos”, “Conquista y Colonia” y “De la Independencia a la Revolución” alcanzan una actualidad que pasa la prueba con más o menos fortuna. Exitosamente para los dos últimos, regularmente para los dos primeros, porque, en este orden, el repaso de Paz a momentos históricos definidos y definitivos fue creativo y estuvo marcado por el análisis y la intuición; en los otros dos, esta última se quedó sola. Al igual que en el resto del libro, el escritor colocó su observación en un punto diferente –y sin embargo emparentado– al que utilizaron José Vasconcelos y Samuel Ramos, pues cada uno, a su manera, planteó un deber ser para el mexicano, en el cumplimiento de su promesa o, dicho de otro modo, un futuro en que triunfarán los pronósticos del destino de la raza cósmica y la superación del sentimiento de inferioridad, y Paz quiso que el mexicano resolviera su enigma, o, en otras palabras, que saliera del laberinto de la soledad.

Aún cuando el escritor ve en la revolución el momento del abrazo mortal con que el mexicano conoce al otro mexicano y el de la inmersión de México en su propio ser, para la década de los cuarenta el país no se terminaba de conformar como mayoritariamente urbano. De

muchas maneras, el mexicano seguía, como siempre, “lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo”.<sup>7</sup> La sociedad era cerrada y holista. Vuelta sobre sí misma, con sus tradiciones sincréticas de los mundos prehispánico y español, y con vínculos –compadrazgo, familiares, caciquiles, de grupo político– que le daban horizontalidad frente al liberalismo ya en su primer siglo de derrotas colectivas y triunfos elitistas. El individuo con derechos y obligaciones marcados por la ley, solo ante el Estado y consciente de su importancia política, todavía brillaba por su ausencia. La verticalidad del poder se estrellaba contra la certeza de las fiestas populares. Dos ficciones marcaban su vida pública: la legal y la democrática. Los procesos electorales convalidaban el triunfo seguro del partidazo; la ley era un instrumento sujeto a la política. La modernización económica era un trazo sumido en el imperativo de crear un mercado interior.

Las afirmaciones genéricas de Paz en los capítulos en que nos hemos detenido, se cumplían y se cumplen en nuestros días con la misma generalidad, pero, certeras para una sociedad que empieza a conocer el encanto de los *mass media*, hay que tomarlas con reservas para la década de los noventa. Los comportamientos individuales y colectivos están influidos poderosamente por telenovelas, historietas, el cine y la radio. Tenemos a barones del dinero que vacacionan en los más costosos y exclusivos sitios del orbe y a 40 millones de pobres. Unos negocian por *Internet*, los otros sobreviven a su aventura diaria con el sueño de que los ricos también lloran. Las telecomunicaciones puestas al servicio del capital y la educación sentimental que sale de las alcantarillas a buscar su redención tienen el mismo hilo conductor, con derivaciones grotescas en la nueva corte de los milagros. El fútbol transmitido desde las canchas francesas ejemplifica la uniformidad de un nacionalismo trasnochado; la explícita suma de contrarios tiene solución de continuidad únicamente en el hecho de que unos estuvieron allá y los otros pegaron la nariz a la pantalla. Tener y no tener en



LADERA

una sociedad separada, más que hace 50 años, por el dinero y el poder. Esta es la nueva forma social de nuestra soledad individual y colectiva. Nuestro nuevo laberinto o la nueva forma que éste ha tomado.

A cada uno de los capítulos restantes se les puede ver por separado. Para el caso de "Los hijos de la Malinche", después de 48 años, el verbo *chingar* sigue siendo el mayor solipsismo colectivo y remite a la acción humillante de quien es o cree ser poderoso en contra quien es débil o al menos así lo parece. Sin embargo, el ejercicio que las mujeres hacen del verbo y sus derivaciones le resta presencia, si no fuerza, al remoto pasado en que las indias eran un conglomerado uniforme bajo las botas del conquistador. Somos una sociedad asimétrica en la medida en que la ideología del capitalismo establece las relaciones entre fuertes y débiles: Estado-individuo, hombre-mujer, ricos-pobres. Empero, debe notarse que la segunda de esas dicotomías vive un tránsito continuo: la mujer ocupa espacios que hace cinco décadas le estaban vedados y son notables sus logros en terrenos anteriormente propicios para la indefensión o la ausencia femeninas. La violencia se ejerce todavía de manera brutal, pero tiene otras caras. En contra de la dominación, un dato es relevante: la presencia de las mujeres es ahora mayoritaria en la educación superior. Asimismo, el elector que buscaron crear los liberales desde la Reforma, está ya presente desde julio del año pasado.

"La 'inteligencia' mexicana" mantiene abierto un paréntesis. José Vasconcelos, Samuel Ramos, Jorge Cuesta, Daniel Cosío Villegas, José Gaos, Alfonso Reyes, Leopoldo Zea y Edmundo O'Gorman reciben de Paz comentarios variopintos, pero en general de reconocimiento, por ello es más llamativo todavía el reclamo sin destinatarios con nombres y apellidos hecho por el poeta:

El mundo de la política es, por naturaleza, el de los valores relativos: el único valor absoluto es la eficacia. La "inteligencia" mexicana no sólo ha servido al país: lo ha defendido. Ha sido honrada y eficaz, pero ¿no ha dejado de ser "inteligencia", es decir, no ha renunciado a ser la conciencia crítica de su pueblo?<sup>8</sup>

A lo largo de entrevistas y de su obra del último medio siglo, se puede apreciar que Paz se sabía continuador de algunos de aquellos intelectuales, sobre todo de Alfonso Reyes, con el agregado de que el autor de *El laberinto...* habría de buscar, desde la fundación de *Plural*, un papel protagónico en el espacio público y no sólo en la *república de las letras*, a partir precisamente del ejercicio de la crítica. Ningún otro intelectual, en las últimas décadas, tuvo una presencia más notoria, cuestionadora (y cuestionada) y beligerante que la del escritor, quien no pocas veces se equivocó, pero las más resultaron en aciertos, aunque, con seguridad, habría rechazado "ser la conciencia crítica de su pueblo", pedida para otros medio siglo antes.

"Nuestros días" concentra las principales modificaciones a la primera edición. Es un vehículo para significar a la revolución como consumadora, en un plazo breve y con el costo mínimo de sacrificios humanos, de una obra que a la burguesía europea le llevó más de siglo y medio. Cuestiona el corporativismo priista, la aparición de "una numerosa clase media, cruda e ignorante desde el punto de vista cultural y político, pero llena de vitalidad".<sup>9</sup> El totalitarismo soviético se lleva un buen número de páginas, y el capítulo termina por ser un aviso de los lastres económicos que tenía la nación en los cincuenta, pero una parte del párrafo final puede verse como un vibrante llamado para los mexicanos de hoy. Juzgue el lector:

Estamos al fin solos. Como todos los hombres. Como ellos, vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del "ninguneo": el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezaremos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres.<sup>10</sup>

Los capítulos primero y último del libro mantienen su aliento provocador. "El pachuco y otros extremos" está dedicado al que Paz delimita como un grupo concreto, suspendido entre su origen mexicano y la vida norteamericana, obstinado en querer ser distinto, con la ambigüedad manifiesta de sus llamativas ropas, defensor a ultranza de su voluntad exasperada de no-ser. Y de la soledad del pachuco va a la soledad del mexicano, vista como orfandad, fuga y regreso, intento de volver al Todo del que fuimos arrancados. Los braceros y los chicanos son diferentes a los pachucos de hace cinco décadas, pero importantes grupos de mexicanos, los cholos, por ejemplo, bien pueden ser herederos de aquéllos. En plena globalización, ¿seguimos solos los mexicanos? Sí, aunque un poco menos. La ficción de-



LADERA

mocrática está tocando las fanfarrias de su despedida y, con ello, se abren los espacios de la vida pública como nunca antes. El otro grave lastre sobrevive, porque la ficción legal está lejos de dar paso a una realidad jurídica que establezca pactos mínimos. Con todo, las manifestaciones de la cultura popular conservan su sincretismo, erosionado sólo en la superficie por el impacto de los *mass media*, por la cultura del espectáculo. En ese espacio, los mexicanos seguimos siendo sólo nosotros.

Paz también previno en contra de la esterilidad del mundo burgués y, en sus últimos años, no escatimó, como acusaron los que no lo habían leído, una severa crítica a la dictadura del mercado. Por eso, “La dialéctica de la soledad” anunció otros textos definitorios de la madurez y vejez del ensayista. Míticos nuestro pasado y la fundación de las ciudades prehispánicas, Tenochtitlán especialmente. Mítico nuestro presente, gobernado por los medios de comunicación masiva, por el traslado de capitales de un mercado financiero a otro y caracterizado por la soledad de nuestros días. En ese sentido se puede leer, entre otros, desde luego, el discurso que el poeta improvisó en la ceremonia en que, a unas semanas de su muerte, dijo que los jóvenes son luz y oscuridad. Más solo que un empleado bursátil en un día de caída estrepitosa de la bolsa, está el “joven bien helado” que describió José Joaquín Blanco en sus crónicas de los ochenta, y que se perfilaba en los “tipos” observados por este escritor desde fines de la década anterior.<sup>11</sup>

### El privilegio del poeta

Paz escribe la primera versión de *El laberinto...* a los 35 años; cuando tiene 46 aparece la segunda edición. Unos años antes ha publicado *Piedra de sol*, uno de los poemas más importantes de nuestras letras. En el paso de la juventud a la madurez, el escritor muestra un trabajo firme y seguro.

Un breve repaso de obras que tienen como punto central al mexicano nos hace ver que *La raza cósmica* y *El perfil del hombre y la cultura en México* datan de 1925 y 1934, respectivamente. Los integrantes del grupo *Hiperión* hacen sus aportes en los años cincuenta: Leopoldo Zea publica, en 1952, *Conciencia y posibilidad del mexicano* y *Dos ensayos sobre México y lo mexicano*, un año después aparece *El Occidente y la conciencia de México*; en 1949, Emilio Uranga da a la luz su “Ensayo de una ontología del mexicano”, dos años después se publican las “Notas para un estudio del mexicano” y, en 1952, *Análisis del ser del mexicano*; de Salvador Reyes Nevares, también en este último año, aparece *El amor y la amistad en el mexicano*; Luis Villoro ya había salido a imprenta con *Los grandes momentos del indigenismo en México*, en 1950, y, en 1954, Jorge Portilla publica una primera versión de su ensayo “Fenomenología del relajo”, parte central de otros estudios que el filósofo escribe alrededor de ese año.

La mayoría de los integrantes de *Hiperión* (no se ha mencionado a Ricardo Guerra y al novelista Ricardo Garibay) nació en la década de los veinte, salvo Zea. En las obras de éste y de Paz hay algunas mutuas referencias, pero pocos puntos de contacto. Acerca del grupo, el poeta dice:

En general, esos muchachos trataron de hacer una "filosofía del mexicano" o de "lo mexicano" [...] En cuanto a mí: yo no quise hacer ni ontología ni filosofía del mexicano. Mi libro es un libro de crítica social, política y psicológica. Es un libro dentro de la tradición francesa del 'moralismo'. Es una descripción de ciertas actitudes, por una parte y, por la otra, un ensayo de interpretación histórica.<sup>12</sup>

Ciertamente, influido por José Gaos, *Hiperión* estuvo muy cerca del existencialismo, pero, como en el caso de Portilla, mucho más de Husserl. Al autor de la *Fenomenología del relajado*, Paz le entrega un testimonio de reconocimiento y de Uranga dijo que era una "inteligencia excepcional".<sup>13</sup>

No hubo mayor relación intelectual, aunque el tema ha dado para una obra colectiva, muy diversa, de estudiosos de los últimos treinta años. Pero, ¿en dónde estaba colocado Paz intelectualmente al escribir *El laberinto...*? Él mismo responde: en la tradición del moralismo francés, pero no sólo ahí, sino en la de filósofos como Dilthey y Simmel. Y habría que agregar: bajo la influencia del surrealismo: Eluard y Breton. El discurso del libro no es, por eso, el que busca el estatuto científico de las ciencias sociales. Tampoco el filosófico, sino el de un ensayista que desarrolló, junto con Reyes y Martín Luis Guzmán, la mejor prosa mexicana del siglo XX. De ahí que Paz no escatimó comentarios ácidos para los académicos universitarios y su discurso, pero, en su generalidad, no se detuvo en gente como Guillermo Sheridan, gran conocedor de la obra paciana, o en Antonio Alatorre, por dar dos ejemplos en que el pensamiento crítico y creativo va de la mano con el ensayo de altos vuelos... sin alejarse del rigor académico. La síntesis es posible, cuando hay talento.

Valga entonces decir que a Paz se aplica sobradamente el análisis que Ernst Cassirer hizo de la obra *La Cultura del Renacimiento*, de Jacobo Burckhardt, y su retrato clásico del "hombre del Renacimiento":

Lo que ocurre es que la "mirada panorámica" que Burckhardt proyecta sobre este cúmulo de hechos, la síntesis histórica a que la reduce se diferencia sustancialmente de la síntesis obtenida mediante los conceptos empíricos de la ciencia natural. Podemos,

si queremos, llamar a esto "abstracción", pero sin perder de vista que se trata de aquel proceso al que Husserl daba el nombre de "abstracción ideadora". Nadie puede esperar ni exigir que los resultados de esta clase de "abstracción" coincidan nunca exactamente con un caso concreto [...] Es una unidad de dirección, no una unidad de *ser*, lo que con eso queremos expresar.<sup>14</sup>

Pero cada uno de los estudiosos *del mexicano* han dado un paso en la dirección que se marcaron para explicar, entender, pensar, describir, analizar o reflexionar sobre el tema. La vitalidad de éste ha llegado a Carlos Monsiváis, Roger Bartra y Claudio Lomnitz-Adler, quienes siguen rutas muy diferentes, con propósitos diversos y herramientas muy disímiles, pero igualmente valiosos. Sin embargo, el bagaje que Paz incorpora a *El laberinto...* asume la forma de un discurso apasionado, en que la emotividad está gobernada por la inteligencia crítica y tiene como tenue pero indeleble telón de fondo los viejos recuerdos de niñez del escritor sobre la soledad, la desconfianza y la suspicacia. Privilegio del poeta al que Vasconcelos le advirtió, luego de leer sus primeros poemas, que le faltaba publicar un ensayo.○

1 Octavio Paz, "Vuelta a El laberinto de la soledad/Conversación con Claude Fell", 2ª ed., FCE, Colección "Popular" No. 471, México, 1998, p. 321.

2 Octavio Paz, "Como y por qué escribí 'El laberinto de la soledad'", en *Itinerario*, FCE, Colección "Tierra Firme", México, (el texto está fechado el 9 de diciembre de 1992), pp. 13-42.

3 *Op. cit.*, pp. 17-18.

4 *Idem.*

5 El interesado puede consultarlos en *Primeras letras*, publicado por editorial Vuelta en 1989.

6 Octavio Paz, "Cómo y por qué escribí 'El laberinto de la soledad'", en *Itinerario*, pp. 28-29.

7 Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 2ª ed., revisada y aumentada, FCE, Colección "Popular" No. 107, México, 1973, p. 26 (1ª ed., FCE, *Cuadernos Americanos*, 1950).

8 *Op. cit.*, p. 142.

9 *Ibid.*, p. 161.

10 *Ibid.*, p. 174.

11 José Joaquín Blanco, *Función de medianoche*, FCE/ERA, Colección "Lecturas Mexicanas", segunda serie, No. 25, México, 1986, p. 190.

12 "Vuelta a El laberinto de la soledad/Conversación con Claude Fell", p. 325.

13 *Idem.*

14 Ernst Cassirer, *Las ciencias de la cultura*, FCE, Colección "Breviarios" No. 40, México, 1951, pp. 111-112.